

Se pregunta González...

....el porqué de que, según las medidas de productividad, en los países desarrollados, ésta muestre una tendencia decreciente desde los años 70, más acusada a partir de 2008, en su artículo “Hacia una nueva banca”, publicado por el presidente del BBVA en el diario “El Mundo” el pasado 20 de abril. Tras calificar el hecho de “muy sorprendente en un período de fuerte aceleración tecnológica y científica”, cita FG algunas de las razones que se han esgrimido para tratar de explicar esta paradoja: dificultades crecientes para medir, sin infravalorarlos, el crecimiento y la productividad en economías centradas en los servicios; que aún falte tiempo para que esta revolución tecnológica dé sus frutos; o que el ritmo vertiginoso de cambio tecnológico esté generando incertidumbres que conlleven una reducción de la inversión, al dificultar que las empresas sepan bien dónde, cómo y en qué invertir.

Son razones o conjeturas plausibles. Pero también debería influir en esto, y mucho, un factor que, según Auguste Comte, el fundador de la Sociología, es, en sí, “el destino”, y que está cambiando para mal a efectos del crecimiento económico desde hace décadas. Hablamos de la demografía -con crecimiento bajo o negativo de una población autóctona cada vez más envejecida en conjunto, algo debido, sobre todo, a la baja natalidad-, a la cual se ha referido con preocupación el propio Francisco González en otras ocasiones. La productividad potencial de las personas y empresas depende, entre otros factores, de la tecnología, los métodos de trabajo, la formación y la motivación de la mano de obra. Pero la real, además de lo anterior, depende mucho de aspectos íntimamente ligados a la demografía. Por ejemplo, la cantidad de demanda. Como una parte importante de los costes empresariales son fijos, y las empresas rara vez operan a plena capacidad, los negocios suelen gozar de economías de escala con el volumen de ventas. Y con ellas, *ceteris paribus*, aumenta su productividad por trabajador, por metro cuadrado de oficina, por euro de capital invertido en máquinas, etc.

La economía es un baile de dos, oferta y demanda. Si alguna de ellas está cojuela, aunque la otra no lo esté, mal bailarán juntas. Aunque la productividad potencial tienda a aumentar continuamente por los avances tecnológicos, si el crecimiento de la demanda se ralentiza o disminuye, porque otro tanto suceda con el número de consumidores, y si encima los consumidores envejecen y tienen menos necesidades, excepto de cosas como medicinas y cuidados médicos, cabe esperar exactamente lo que FG contaba en su artículo: que el crecimiento de la productividad, pese a la revolución tecnológica, no sea el de los gloriosos 50, 60 o 70. Entre otras razones, por la disminución del ritmo de incremento, cuando no pérdida, de las economías de escala tradicionales derivadas de una demografía autóctona siempre creciente, algo especialmente importante en los servicios. De manera adicional, y esto impactaría negativamente en la oferta, es dudoso que el envejecimiento de la fuerza laboral no afecte a la productividad, salvo en ciertas labores intelectuales. Asimismo, el creciente peso en la mano de obra europea y norteamericana de inmigrantes extranjeros con cualificación media-baja, que han paliado el declive del número de adultos jóvenes autóctonos –causado por la menor natalidad occidental-, podría tener un impacto no desdeñable en la productividad.

Entre 1960 y 1974 nacieron al año en España, de media, 673.000 niños. Entre 2000 y 2014, solo 455.000, un 33% menos. Y sin los bebés de madres inmigrantes, aprox. un 45% menos. Como consecuencia del desplome de la natalidad, la población de 30 a 39 años, franja esencial para la productividad y el consumo, se reducirá alrededor de un 35% hasta 2030, y ya es 1/8 menos numerosa que en 2010. Las tres regiones europeas más infecundas en el

quinquenio 2010-2014, de un total de 276, fueron Asturias, Canarias y Galicia. Y las tres provincias o equivalentes más envejecidas de cualquier país europeo y con al menos 100.000 habitantes son Orense, Zamora y el Lugo natal de FG. No es casual, pues, que nuestras grandes empresas hayan volcado desde hace tiempo el grueso de su esfuerzo inversor en países emergentes, por su mucho mayor potencial de crecimiento, en gran parte ligado a la demografía. Por ejemplo, entre 2010 y 2014, en Turquía nacieron 4,5 millones de personas más de las que murieron, mientras que en Alemania los fallecidos superaron a los bebés en más de 900.000.

Sin mejores perspectivas sociodemográficas en España y Europa, porque aumente de forma apreciable la natalidad –la inmigración es la otra gran vía teórica de mejora demográfica, pero no basta, ni carece de riesgos y costes-, estructuralmente, a igualdad de otros factores, nuestra productividad crecerá mucho menos que cuando la demografía la impulsaba. Y si siguen empeorando, porque no haya repuntes significativos en nuestra fecundidad, que Dios nos pille confesados. No hay otra.

Autor: Alejandro Macarrón Larumbe

Director

Fundación Renacimiento Demográfico